

CAPÍTULO VII

Psicología de los jefes de la Revolución.

§1.—MENTALIDAD DE LOS HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN.
SIGNIFICACIÓN DE LOS CARACTERES VIOLENTOS Y
DE LOS CARACTERES DÉBILES.

Se juzga con la inteligencia; el guía es el carácter. Para conocer bien á un hombre, preciso es separar estos dos elementos.

Durante los grandes períodos de acción—y los movimientos revolucionarios pertenecen naturalmente á tales períodos—el carácter ocupa siempre el primer rango.

Habiendo descrito en el curso de varios capítulos las diversas mentalidades que predominan en tiempos agitados, no hemos de insistir de nuevo. Constituyen tipos generales que modifican naturalmente la personalidad hereditaria y adquirida de cada cual.

Hemos visto el papel desempeñado por el elemento místico en la mentalidad jacobina, y el fe-
roz fanatismo á que condujo á los sectarios de la nueva fe.

También hemos señalado que todos los miembros de las asambleas no fueron fanáticos. Estos casi constituyen una minoría, ya que en la más san-

guinaria de las asambleas de la Revolución, la gran mayoría se componía de hombres tímidos y moderados, de carácter neutro. Antes de Termidor, los miembros de estos grupos votaron por temor con los violentos, y después de Termidor, con los moderados.

En tiempos de revolución, como en todas las épocas, estos caracteres neutros, obedeciendo á los más contrarios impulsos, son siempre los más numerosos. Son en realidad tan peligrosos como los violentos. La fuerza de los últimos se apoya en la debilidad de los primeros.

En todas las revoluciones, y en particular en la nuestra, se observa una pequeña minoría de espíritus limitados, pero decididos, que domina imperiosamente á una inmensa mayoría de hombres, á veces muy inteligentes, pero desprovistos de carácter.

Al lado de los apóstoles fanáticos y de los caracteres débiles, surgen siempre en épocas de revolución individuos que no piensan más que en aprovecharse de ella; fueron numerosos durante la Revolución francesa. Su fin era únicamente utilizar las circunstancias para enriquecerse. Así Barras, Tallien, Fouché, Barrière y muchos otros. Su política consistía únicamente en ponerse al servicio del más fuerte contra el más débil.

Desde los comienzos de la Revolución, estos *arri-vistas*, como hoy se dice, eran numerosos. Ello impulsaba á escribir á Camilo Desmoulins en 1792: «Nuestra Revolución no tiene sus raíces más que en el egoísmo, y en el amor propio de cada cual, de cuya combinación se ha compuesto el interés general».

Si se añaden á las precedentes indicaciones las

observaciones resumidas en otro capítulo sobre las diversas formas de mentalidad en tiempos de agitaciones políticas, será posible formarse idea del carácter de los hombres de la Revolución. Vamos á hacer ahora la aplicación de los principios precedentemente expuestos á los personajes más salientes del período revolucionario.

§ 2.—PSICOLOGÍA DE LOS REPRESENTANTES EN MISIÓN.

En París la conducta de los miembros de la Convención era siempre orientada, contenida ó excitada por la acción de sus colegas y del medio ambiente.

Para juzgarlos con exactitud, es preciso observarles abandonados á sí mismos, sin freno y en posesión, por consiguiente, de toda libertad. Tales fueron exactamente los representantes enviados en misión á los departamentos por la Convención.

El poder de estos delegados era absoluto. Ninguna censura les entorpecía: funcionarios y magistrados debían obedecerles.

Un representante en misión «requisa, secuestra ó confisca lo que bien le parece, grava, encarcela, deporta ó decapita á quien bien le parece, y en su circunscripción es un Bajá».

Considerándose todos como tales, presentábanse «en carrozas arrastradas por seis caballos, rodeados de guardias, sentados en mesas suntuosas de treinta cubiertos, comiendo arrullados por la música, con un cortejo de histriones, de cortesanos y pretorianos...» En Lyon «la representación solemne de Collot de Nerbois se asemeja á la del Gran Turco. No se consigue su audiencia si no es después de tres peticiones; una fila de habitaciones precede su

salón; nadie puede acercársele á más de quince pasos de distancia».

Se imagina la inmensa vanidad de estos dictadores penetrando en las ciudades solemnemente, rodeados de guardias y de quienes un gesto bastaba para hacer rodar las cabezas.

Abogadillos sin causas, médicos sin clientes, religiosos exclaustrados, golillas ignorados que no habían conocido anteriormente más que un obscuro porvenir, súbitamente se igualaban á los más poderosos tiranos de la historia. Guillotinando, ahogando sin cesar, fusilando sin piedad á medida de sus fantasías, se creen elevarse de una humilde condición al nivel de los célebres potentados.

Jamás ni Nerón ni Heliogábalo aventajaron en tiranía á los representantes de la Convención. Las leyes y costumbres detenían un poco á aquéllos; á los segundos nada les refrenaba.

«Fouché, escribe Taine, anteojo en mano, contempla desde su ventana el asesinato de 210 lioneses. Collot, Laporte y Fouché se divierten juntos los días de fusilamiento, y al ruido de las descargas se alzan con gritos de alegría agitando los sombreros.»

Entre los representantes en misión de mentalidad asesina, puede citarse como típico al antiguo cura Lebon que, poseedor del poder supremo, arrasó Arras y Cambrai. Su caso con el de Carrier contribuye á mostrar lo que llega á ser el hombre sustraído del yugo de la tradición y de las leyes. La crueldad del feroz convencional hallábase mezclada de sadismo; el patíbulo alzábase ante sus ventanas, de manera que él, su mujer y sus coadjutores pudiesen gozar del espectáculo. Al pie de la guillotina habíase instalado una taberna donde acudían á beber los *sans-culottes*. Para divertirles, el verdugo

colocaba en el suelo, en ridículas actitudes, los desnudos cuerpos de los decapitados.

«La lectura de los dos volúmenes de su proceso, impreso en Amiens en 1795, puede figurar entre las más horribles pesadillas. Durante veinte audiencias los supervivientes de las hecatombes de Arras y de Cambrai desfilan por la antigua sala del Bailiaje, en Amiens, donde se juzga al ex convencional. Lo que cuentan estos fantasmas enlutados es inaudito. Hablan de calles enteras despobladas; de hombres de noventa años y niñas de diez y seis asesinados después de un juicio irrisorio; de la muerte convertida en befa, en insulto, adornada para más escarnio; de las ejecuciones amenizadas con música; de los batallones de niños reclutados como guardianes del patíbulo; de la corrupción, del cinismo, de los refinamientos de un sátrapa ebrio; una historia de sadismo convertida en epopeya. Al asistir á este relato de horrores, parece como si todo un país, bajo la presión del terror durante largo tiempo, se sacudiese de su pavor y tomase revancha de su debilidad y abandono, aplastando con el peso de sus acusaciones á aquel desgraciado, ridículo emisario de un régimen odiado y vencido que allí está.»

La única defensa del antiguo cura fué el haber obedecido á los mandatos. Los hechos que le fueron imputados eran conocidos desde largo tiempo, y la Convención no los había vituperado.

Más arriba he puesto de relieve la vanidad de los representantes en misión instantáneamente revestidos de un poder superior al de los más poderosos déspotas, pero esta explicación no basta para comprender su ferocidad.

Tenía su origen en diversas fuentes. Apóstoles de una fe severa, los delegados de la Convención no debían, como los inquisidores del Santo Oficio, piedad alguna á sus víctimas. Desprovistos además de todos los frenos de la tradición y de las leyes, podían dar curso á los más salvajes instintos que la animalidad primitiva deja en nosotros.

La civilización restringe esos instintos, pero no mueren jamás. La necesidad de matar que crea los cazadores, es su índice permanente. M. Cunisset-Carnot ha demostrado en las siguientes líneas la característica de esa tendencia hereditaria que en la persecución del animal más benévolo, hace renacer en todo cazador al bárbaro.

«El placer de matar por matar, es, por decirlo así, universal; es el fondo de la pasión cinegética, ya que es preciso convenir en que, actualmente, en los países civilizados su necesidad para vivir no figura en su desarrollo. En realidad, continuamos un gesto impuesto imperiosamente á nuestros salvajes abuelos por las necesidades de su existencia, durante la cual preciso era matar ó morir de hambre, ya que hoy nada lo legitima. Pero así es; nada podemos y, sin duda, jamás llegaremos á romper las cadenas de esa esclavitud que nos sujetan desde hace tanto tiempo; no podemos privarnos de gustar un placer intenso, rayano en pasión muchas veces, en verter la sangre de animales por los que, cuando la afición por la caza nos impulsa, llegamos á perder todo sentimiento de piedad. Los más dulces animales, los más bellos, los cantadores pajarillos, encanto de la primavera, caen bajo nuestro plomo mortífero ó se ahogan en nuestras redes sin que una sacudida de piedad turbe nuestro placer al verles atemorizados, sangrando, agitándose en los horribles sufrimientos que les infringimos, tratando de huir con sus patas rotas ó agitando desesperadamente sus alas que ya no pueden sostenerles... La excusa es el impulso de ese imperioso atavismo, al que los mejores de entre nosotros no tienen fuerza de resistir.»

En tiempos ordinarios ese atavismo sangriento, sostenido por el temor á las leyes, no puede ejercitarse más que con los animales. Cuando los códigos no actúan se aplica inmediatamente al hombre, y por esto tantos terroristas experimentaban un intenso placer en asesinar.

La frase de Carrier sobre el gozo que sentía al contemplar el rostro de sus víctimas durante su

suplicio, es en extremo típica. Entre muchos civilizados, la ferocidad es un instinto refrenado pero, no suprimido.

§ 3.—DANTON Y ROBESPIERRE.

Danton y Robespierre representan los dos principales personajes de la Revolución. Del primero hablaré poco; su psicología, muy simple, es harto conocida. Sobre todo orador de club, impulsivo y violento, se mostró siempre dispuesto á excitar al pueblo. Cruel sólo en sus discursos, muchas veces lamentábase de los efectos. Desde los comienzos brilló en el primer rango, cuando su futuro rival Robespierre figuraba casi en el último.

En un momento dado, Danton llegó á ser el alma de la Revolución, pero estaba desprovisto de tenacidad y fijeza en su conducta. En añadidura, tenía necesidades, y Robespierre no sentía ninguna. El fanatismo continuo del último, triunfó de los esfuerzos intermitentes del primero. Fué, sin embargo, un espectáculo imprevisto ver á tan poderoso tribuno enviado al patíbulo por su pálido, rencoroso y mediocre rival.

Robespierre, el hombre más influyente de la Revolución y el más estudiado, es, sin embargo, el menos explorado. Dificilmente se comprende la influencia prodigiosa que le dió el derecho de vida y muerte, no solamente sobre los enemigos de la Revolución, sino sobre colegas que no pasaban por enemigos del régimen.

No se explica seguramente diciendo con Taine que Robespierre era un pedante perdido en abstracciones, ni afirmando con Michelet que triunfó á

causa de sus principios, ni repitiendo con su contemporáneo H. Williams, que «uno de los secretos de su gobierno era tomar por estribo de sus ambiciones, hombres manchados de oprobio ó de crímenes».

Imposible buscar en su elocuencia las causas de sus triunfos. Sus ojos, celados por los lentes, leían penosamente sus discursos, compuestos de frías y vagas abstracciones. La Asamblea contaba con oradores que poseían un talento inmensamente superior, como Danton y los girondinos, y fué Robespierre, sin embargo, quien les hizo perecer.

No tenemos, pues, en realidad, ninguna explicación aceptable del ascendiente que el dictador acaba por adquirir. Sin influencia en la Asamblea nacional, llegó á ser el dueño progresivamente de los jacobinos y de la Convención. «Cuando llegó al Comité de Salvación pública, ya era, dice Billaud-Varenne; el ser más importante de Francia.»

«Su historia, escribe Michelet, es prodigiosa; mucho más que la de Bonaparte. Se ven menos los hilos y rodajes, las fuerzas preparadas. Lo que se ve es un abogadillo, ante todo hombre de letras. Es un hombre honrado y austero, pero de pétreo rostro, de un talento incoloro, que una mañana se subleva llevado por no sé qué tromba. Nada semejante en las *Mil y una Noches*. En un momento sube más alto que el trono; es puesto sobre el altar. ¡Extraña leyenda!»

Sin duda las circunstancias le ayudaron considerablemente. Volvíanse hacia él como hacia el dueño cuya necesidad comenzaba ya á sentirse. Pero entonces ya lo era, y precisamente la causa de su rápido ascenso es lo que se trata de determinar. Yo supondría en él la existencia de una especie de fascinación personal que hoy día se escapa á nues-

tra observación. En apoyo de esta hipótesis pueden recordarse sus triunfos femeninos. Los días en que pronuncia discursos, «los pasillos se hallan obstruidos por mujeres... En las tribunas hay setecientas ú ochocientas. ¡Y con qué transportes de gozo aplauden!... Cuando habla á los jacobinos hay lamentos de ternura y gritos...» Una viuda joven, Mad. de Chalabre, poseedora de cuarenta mil francos de renta, le envía epístolas incendiarias y quiere casarse con él á toda costa.

No debía buscarse en el carácter de Robespierre las causas de su popularidad. Temperamento hipocondriaco, inteligencia mediocre, incapaz de apoderarse de las realidades, confinado en las abstracciones, astuto y disimulado, su nota dominante fué un orgullo excesivo que no dejó de aumentar hasta su último día. Gran sacerdote de una fe nueva, creíase enviado por Dios á la tierra para instaurar el reino de la virtud. Le escriben «que es el Mesías que el Ser eterno ha prometido para reformarlo todo.

Lleno de pretensiones literarias pulía en extremo sus discursos. Su profunda envidia hacia los oradores ó gente de letras, tales como Camilo Desmoulins, causó su muerte.

«Quienes constituyeron particular objeto de la rabia del tirano, escribe el autor más arriba citado, fueron los hombres de letras. Contra ellos, en Robespierre, la envidia hacia el compañero se mezclaba con el furor del opresor; puesto que el odio con que los perseguía se animaba menos con la resistencia á su despotismo que con el talento con que habían eclipsado el suyo.»

El desprecio del dictador hacia sus colegas era inmenso y poco simulado. Habiendo concedido audiencia á Barras á la hora de su tocado, acabó de

rasurarse y escupió á su lado como si no existiera, desdeñando responder á sus preguntas.

Con igual desdén odioso envolvía á los diputados que á los burgueses. Sólo la multitud hablaba ante él: «Cuando el pueblo soberano ejerce el poder, decía, no hay más que inclinarse. En todo lo que hace, todo es virtud y verdad; nada puede ser exceso, error ó crimen.»

Robespierre tenía manía persecutoria. Si mandó cortar tantas cabezas, no fué sólo en razón á su misión de apóstol, sino porque se creía rodeado de enemigos y conspiradores. «Por muy grande que fuese la cobardía de sus colegas ante él, escribe M. Sorel, el miedo que hacia ellos sentía la sobrepasaba todavía.»

Su dictadura, absoluta durante cinco meses, es un curioso caso del imperio de ciertos agitadores. Que un tirano que cuente con un ejército haga perecer á quien le venga en gana, se comprende fácilmente. Pero que un hombre sólo logre condenar á muerte sucesivamente á un gran número de sus iguales, he aquí lo que no se explica con facilidad.

El poder de Robespierre fué tan completo, que pudo entregar al Tribunal revolucionario, y por consiguiente, al patíbulo, á los más ilustres diputados: Camilo Desmoulins, Hébert, Danton y muchos otros. Los brillantes girondinos se humillaron ante él. Atacó hasta á la temida Commune, hizo guillotinar á sus jefes, y los sustituyó por nueva Commune, puesta á sus órdenes.

Con el fin de desembarazarse lo antes posible de los hombres que le desagradaban, hizo votar la ley de Pradial, que permitía ejecutar á los simples sospechosos, y gracias á la cual hizo cortar en París

1.373 cabezas en cuarenta y nueve días. Poseídos de un loco terror, sus colegas no dormían en sus viviendas. Apenas si un centenar de diputados acudía á las sesiones. David decía: «Creo que no quedaremos veinte miembros de la Montaña.»

El sólo exceso de su confianza en su fuerza y en la pusilanimidad de los miembros de la Convención perdió á Robespierre. Habiendo querido hacerles votar una ley que permitía enviar á los diputados ante el Tribunal revolucionario, es decir, al patíbulo, sin la autorización de la Asamblea y bajo las órdenes del comité que dirigía, varios montañeses conspiraron con algunos miembros de la Llanura para destituirlo. Tallien, sabedor de hallarse señalado para una próxima ejecución, y no teniendo, por consiguiente, nada que perder, le acusó enérgicamente de tirano. Robespierre quiso defenderse leyendo un discurso esgrimido durante largo tiempo, pero á sus expensas aprendió que si posible es hacer perecer á los hombres en nombre de la lógica, con ella no se conduce á una Asamblea. Los clamores de los conjurados apagaron su voz. El grito: «¡Abajo el tirano!», repetido al instante, gracias al contagio mental, por muchos miembros presentes, bastó para destituirle. Sin perder un instante, la Asamblea lo acusó.

Habiendo querido salvarle la Commune, la Convención lo puso fuera de la ley. Herido por esta magna fórmula, hallábase definitivamente perdido.

«Esta fórmula, «fuera de la ley», escribe H. Williams, producía en aquella época en un francés el mismo efecto que el grito de peste; el que era blanco de ella, hallábase excomulgado civilmente, y parecía como si se sufriese la contaminación con sólo respirar el aire por él respirado. Tal fué el efecto que produjo en los artilleros, que caño-

neaban contra la Convención. Sin haber recibido otra orden, pero oyendo que la Commune estaba «fuera de la ley», volvieron inmediatamente sus baterías.»

Robespierre y toda su banda: Saint-Just, el presidente del Tribunal revolucionario, el alcalde de la Commune, etc., fueron guillotinado el 10 Termidor en número de 21. Su ejecución fué seguida al día siguiente de una nueva hornada de 20 jacobinos, y al siguiente de 13. El Terror, que había durado desde hacía tres meses, terminó.

El derrumbamiento del edificio jacobino en Termidor, es uno de los más curiosos hechos psicológicos del período revolucionario. Ninguno de los montañeses que suscitaron la caída de Robespierre había pensado un solo instante en que esta determinaría el término del Terror.

Tallien, Barras, Fouché, etc., acabaron con Robespierre, como ya habían acabado con Hébert, Danton, los girondinos y otros muchos. Pero cuando las aclamaciones de la multitud les hicieron saber que la muerte de Robespierre era considerada como fin del régimen del Terror, obraron como si tal hubieran sido sus intenciones. Y fueron tanto más obligados, además, ya que la Llanura, es decir, la gran mayoría de la Asamblea que se había dejado diezmar por Robespierre, se sublevó furiosamente contra el régimen que, aborreciéndolo, lo había aclamado durante tan largo tiempo. Nada hay tan terrible como los hombres que, habiendo estado bajo la presión del miedo, se ven libres de él. La Llanura se vengó de haber sido aterrorizada por la Montaña, aterrorizándola á su vez.

El servilismo de los colegas de Robespierre en la Convención, no se asentaba por ningún concepto en sentimientos de simpatía hacia él. El dictador

les inspiraba un miedo insuperable; pero tras las manifestaciones de admiración y entusiasmo que le prodigaban por miedo, se escondía un intenso odio. Es posible darse cuenta de ello con la lectura de las informaciones insertas después de su muerte en el *Moniteur* de los días 11, 15 y 29 de Agosto de 1794, por diversos diputados, y sobre todo la que versa «Sobre la conspiración de los triunviros Robespierre, Couthon y Saint-Just». Jamás esclavos no mortificaron más al señor caído.

Nos enteramos de que «aquellos monstruos renovaban desde hacía algún tiempo las más horribles proscipciones de Mario y Sila». Robespierre es representado como un terrible malvado; se asegura que, como Calígula, no hubiese tardado mucho tiempo en que el pueblo francés adorase su caballo... Buscaba la seguridad en el suplicio de todo aquello que podía despertar una de sus sospechas.»

En estos relatos se olvida añadir que el poder de Robespierre no se apoyaba, como el de Sila ó Mario, á quienes aluden, sobre un sólido ejército, sino simplemente en la adhesión repetida de los miembros de la Convención. Sin su extrema pusilanimidad, el poder del dictador no hubiera durado ni un solo día.

Robespierre representa uno de los más odiosos tiranos de la historia, pero se distingue de todos los demás, por ser un tirano sin soldados. Pueden resumirse sus doctrinas, diciendo que encauzó más que nadie, excepto Saint-Just, tal vez, la fe jacobina, con su estrecha lógica, su intenso misticismo é inflexible rigidez.

Todavía cuenta en la actualidad con panegiristas. M. Hamel lo califica de «mártir de Termidor». Se ha hablado de erigirle un monumento. Yo suscri-

biría la idea con gusto considerando que no es inútil conservar las huellas de obcecación de las multitudes y de la extraordinaria gratitud de que puede mostrarse capaz una Asamblea ante el agitador que sabe manejarla. Su estatua recordará los gritos de admiración y de entusiasmo apasionados de la Convención, que aclamaba las medidas del dictador que más la amenazaba, la misma víspera del día en que iba á destituirlo.

§ 4.—FOUQUIER-TINVILLE, MARAT, BILLAUD-VARENNE, ETC.

En un mismo párrafo he reunido algunos revolucionarios célebres por el desarrollo de sus instintos sanguinarios. Á su ferocidad se unían otros sentimientos, el miedo y el odio, que no podían sino fortalecerla.

Fouquier-Tinville, acusador público del Tribunal revolucionario, fué uno de los personajes que más siniestro recuerdo dejaron.

Este magistrado, en tiempos reputado por su dulzura, y que llegó á ser el sanguinario cuya memoria despierta tanta repulsión, me ha servido de ejemplo en otras obras, para demostrar las transformaciones de ciertos caracteres en tiempos de revolución.

Muy ocupado en el momento de la caída del régimen monárquico, esperaba una agitación social y no perder nada con ella. Era uno de esos hombres que se hallan en los períodos de desorden prestos á sostenerlos.

La Convención le había entregado sus poderes. Tuvo que pronunciarse sobre la suerte de casi dos

mil acusados, entre los que figuraban la reina María Antonieta, los girondinos, Danton, Hébert, etcétera. Hacía ejecutar á todos los sospechosos que le designaban, y traicionaba sin escrúpulo á sus antiguos protectores. Desde el momento que uno de ellos caía del poder, Camilo Desmoulins, Danton ú otro cualquiera, procedía contra él.

Fouquier-Tinville poseía un alma muy poco delicada y que surgió á causa de la Revolución. En tiempos normales, sujeto por las reglas profesionales, su destino hubiera sido el de un magistrado pacífico é ignorado. Tal fué la suerte de su sustituto en el Tribunal revolucionario, Gilbert-Liendon. «Debió de inspirar el mismo horror que su colega, escribe M. Durel, y, sin embargo, ha terminado su carrera en la alta magistratura imperial.»

Uno de los grandes beneficios de una sociedad organizada, es precisamente encauzar esos caracteres peligrosos, que sólo los frenos sociales pueden mantener.

Fouquier-Tinville murió sin comprender su condena, y desde el punto de vista revolucionario nada la justificaba. ¿No había ejecutado con celo, sencillamente, las órdenes de sus jefes? Imposible asimilarlo á aquellos enviados á provincias que no podían ser vigilados. Los delegados de la Convención examinaban todos sus actos y los aprobaron hasta el último día. Si su crueldad y su procedimiento sumario de hacer juzgar á los prisioneros no hubieran sido encarecidos por sus jefes no hubieran conservado su poder. Condenando á Fouquier-Tinville, la Convención condenaba su horroroso régimen.

Lo comprendió y envió al patíbulo á varios terroristas, de quienes Fouquier-Tinville no había sido más que fiel agente ejecutivo.

Al lado de Fouquier-Tinville es posible colocar á Dumas, que presidía el Tribunal revolucionario, y se mostró igualmente con crueldad excesiva, basada además en un intenso temor. No salía de su casa sin ir armado con dos pistolas cargadas, se atrincheraba en su domicilio, y á sus visitantes les hablaba á través de una ventanilla. Su desconfianza con respecto á todo el mundo, incluso su mujer, era completa. Hizo encarcelar á ésta, é iba á ordenar su ejecución, cuando llegó Termidor.

Entre los personajes que hizo surgir la Convención, uno de los más audaces fué Billaud-Varenne. Puede ser considerado como un tipo completo de ferocidad bestial.

«En aquellas horas de fecunda cólera, de heroicas angustias, está tranquilo, ocupándose metódicamente de su trabajo—y este trabajo es espantoso;—aparece oficialmente en las matanzas de la Abadía, felicita á los asesinos prometiéndoles salario, después de lo cual vuelve á su casa como si llegara del paseo. Helo aquí presidiendo el club de los jacobinos, presidiendo la Convención, miembro del Comité de Salvación pública: arrastra á los girondinos al patíbulo, arrastra á la reina y á su antiguo amo, Danton, que ha dicho de él: «Billaud tiene un puñal bajo la lengua.» Aprueba el cañoneo de Lyon, los horrores de Nantes y de Arras; organiza la cruel comisión de Orange; es de las leyes de Pradial; estimula á Fouquier-Tinville; en todos los decretos de muerte, su nombre figura el primero; firma antes que sus colegas; no tiene piedad, ni emoción, ni entusiasmo; cuando los demás dudan y retroceden él sigue su camino, hablando con sentencias ampulosas, «sacudiendo su melena de león»; puesto que para poner su rostro impassible y frío en armonía con las exuberancias que le rodean, se encasqueta una peluca amarilla que movería á risa en otra cabeza que no fuese la siniestra de Billaud-Varenne. Cuando Robespierre, Saint-Just y Couthon están amenazados, los abandona, se pasa al adversario, los empuja hacia el patíbulo... ¿Por qué? ¿Con qué fin? No se sabe; no ambiciona nada; no desea ni dinero ni poder.»

No creo que sea difícil contestar la pregunta de la cita precedente. La sed asesina de que hablábamos más arriba, explica perfectamente la conducta de Billaud-Varenne. Los bandidos de este tiempo matan por matar, como los cazadores matan la caza por el simple placer de ejercitar sus destructores instintos. En tiempos normales, los hombres dotados de estas inclinaciones homicidas, las refrenan generalmente por temor al policía y á la guillotina. En épocas en que pueden darles libre curso, nada les detiene. Tal ocurrió con Billaud-Varenne y otros muchos.

La psicología de Marat es un poco más complicada, no solamente porque á su sed asesina se superponen otros elementos, amor propio, herido en tiempos, ambición, creencias místicas, etc., sino también porque puede ser considerado como un semi-alienado atacado por el delirio de grandezas y obcecado por ideas fijas.

Tuvo antes de la Revolución grandes pretensiones científicas, pero nadie concedió importancia á aquellas divagaciones. Soñando con puestos y honores, no había logrado más que una situación muy secundaria en casa de un gran señor. La Revolución le ofreció un porvenir inesperado. Henchido de odio contra la antigua sociedad que desconoció sus méritos, se colocó á la cabeza de los más violentos. Después de haber glorificado públicamente las matanzas de Septiembre, fundó un periódico que denunciaba á todo el mundo y pedía sin cesar ejecuciones.

Hablando constantemente de los intereses del pueblo, Marat llegó á ser el ídolo. La mayoría de sus colegas lo despreciaban. Ileso del puñal de Carlota Corday, no hubiera escapado seguramente de la cuchilla de la guillotina.

§ 5.—DESTINO DE LOS CONVENCIONALES QUE SOBREVIVIERON Á LA REVOLUCIÓN.

Al lado de los convencionales, cuya psicología presenta caracteres particulares, hay otros, Barras, Fouché, Tallien, Merlin de Thionville, etcétera, completamente desprovistos de creencias ó principios y no aspirando más que á enriquecerse.

Supieron edificar sobre la miseria pública brillantes fortunas. En tiempo normal hubieran sido calificados de malvados, pero en los períodos de revolución todo criterio del vicio y de la virtud parecen haber desaparecido.

Si unos pocos jacobinos siguieron siendo fanáticos, casi todos ellos renunciaron á sus convicciones en cuanto obtuvieron riquezas y honores, llegando á ser fieles cortesanos de Napoleón. Cambacérès, que, dirigiéndose á Luis XVI en la prisión, le llamaba Luis Capeto, exigía de sus familiares bajo el Imperio, ser calificado de Alteza en público y de Monseñor en la intimidad, mostrando de este modo á qué sentimiento de envidia correspondía la necesidad de igualdad en muchos jacobinos.

«Muchos jacobinos, escribe M. Madelin, se habían enriquecido sobremanera, y poseían, como Chabot, Bayire, Merlin, Barras, Boursault, Tallien, Barrère, etc., castillos y tierras. Los que todavía no lo habían logrado no tardarían mucho. En el único Comité del año III, estado mayor del partido de Termidor, se halla un futuro príncipe, 13 futuros condes, cinco futuros barones, siete futuros senadores del Imperio, seis futuros consejeros de Estado, y al lado de ellos, en la Convención, se encuentra al futuro duque de Otranto, al futuro conde de Regault; 50 demócratas que antes de quince años poseerán títulos, arma-

duras, penachos, carrozas, dotaciones, mayorazgos, casas y castillos. Fouché morirá con quince millones.»

Los tan difamados privilegios del antiguo régimen, se hallaron restablecidos de este modo en provecho de la burguesía. Para llegar á este resultado había sido preciso arruinar la Francia, incendiar provincias enteras, multiplicar los suplicios, sumir á numerosas familias en la desesperación, agitar la Europa y hacer perecer á los hombres por centenares de miles sobre los campos de batalla.

Al terminar este capítulo, consagrado á la psicología de diversos personajes de la Revolución, recordaremos lo que dijimos de los juicios posibles sobre los hombres de este período.

Si el moralista está obligado á mostrarse sereno con respecto á ciertas individualidades, porque las juzga según los tipos que una sociedad debe respetar para mantenerse, el psicólogo no está obligado al mismo rigor. Su fin es comprender, y ante una comprensión completa, la crítica se esfuma. El alma humana es un muy frágil mecanismo, y los muñecos que se mueven en el teatro de la historia, pocas veces saben resistir á las fuerzas poderosas que les impulsan. La herencia, el medio, las circunstancias, son dueños imperiosos. Nadie puede decir cuál hubiera sido su conducta en el lugar de los hombres cuyas acciones trata de interpretar.

LIBRO TERCERO

LA LUCHA ENTRE LAS INFLUENCIAS ANCESTRALES
Y LOS PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Las últimas convulsiones de la anarquía.—El Directorio.

§ 1.—PSICOLOGÍA DEL DIRECTORIO.

Las diversas Asambleas revolucionarias, en parte, habían estado compuestas por los mismos hombres; por tanto, puede creerse que su psicología debiera tener grandes parecidos.

En las épocas ordinarias, así es en efecto: la constancia del medio, determina la de los caracteres. Pero cuando las circunstancias cambian rápidamente, como bajo la Revolución, los caracteres deben transformarse para adaptarse. Tal es precisamente el caso del Directorio.

Esta última forma de gobierno se componía de Asambleas distintas: dos numerosas, las de las diversas categorías de diputados, y una más restringida, la de los cinco miembros que formaban el Directorio.

Las Asambleas de diputados recuerdan por su